

«TERRERO», barrio en que yo nací, que quiero aprovechar para que vosotros saquéis la consecuencia.

Escuchad: Salimos de paseo. Sentados junto al camino, quería explicarme el anciano de mi pueblo, la obligación que tenemos de amar al prójimo y de socorrerle en sus necesidades.

La vista de una hormiga, que pasaba por delante de sus piés, le surgió la idea de confirmar sus palabras con un curioso ejemplo. Cogió un terroncito de tierra y lo puso sobre el animalito suavemente para no lastimarle, dejándole solo libres las antenas, que empezaron a moverse en todos sentidos angustiosamente.

—¿Que hace usted, amigo?, le pregunté.

—Ahora lo verás, me contestó.

Otra hormiguita que andaba de merodeo, tropezó con la prisionera. Se tocaron con las antenas, y la que estaba libre trató de libertar a su compañera de la carga que le oprimía. No pudo, porque el terrón pesaba demasiado para sus fuerzas. Echó a correr, habló por medio de sus antenas, con otras hormigas, y pronto un buen grupo de ellas rodearon a la víctima y a mordiscos fueron arrancando granitos del terrón, hasta que éste quedó tan aligerado que la cautiva pudo sacudírselo y seguir su camino.

—¿Ves, amiguito?, dijo el anciano triunfalmente, algo conmovido por la interesante escena que acabábamos de presenciar.

Este año he titulado mi artículo «De broma y de Veras». Hasta aquí la broma y a continuación de veras os digo: Hasta los animalitos hacen por instinto, con sus semejantes, lo que nosotros debemos practicar con los nuestros por imposición de una santa ley de Dios.

JOSE MARIA CAÑADILLAS ROMERO

Presbítero

